



*El maquinista del bosque*

*Guadalupe*

Chenco - Nivel: Bachillerato

24

Se dirigía a visitar al maquinista del bosque. Hacía siglos que había entrado como pasajero entre los árboles, porque le habían dicho que el bosque se movía en dirección norte, lejos del mar. Pero el visitante quería llegar antes de que la cima azul del Everest dejase de vigilar todo el planeta, y ya empezaba a redondearse, mientras otras montañas amenazaban con crecer. Le diría al maquinista que se diera un poco más de prisa.

La maquinaria del bosque era una mole de metal caliente en medio de los árboles, que sobresalía del suelo, escarpada e irregular como una roca negra. Pasó a través de la entrada sin puerta y pronto alcanzó el puesto de mando, desde donde el maquinista dirigía a sus animales y manejaba sus árboles y plantas. Seguro que él ya se había enterado de la visita. Los árboles más retorcidos, aquellos cuyas ramas miran en muchas direcciones, esos siempre lo vigilan todo. El maquinista estaba sentado en su sillón. El visitante le llamó e incluso le zarandeó un poco, pero el maquinista no respondió.

El maquinista había muerto. En realidad llevaba mucho tiempo queriendo rendirse, pero el bosque no puede quedarse sin capitán, y tuvo que esperar a una persona que le sustituyera. Ahora, el visitante debía ocupar su puesto enseguida. Era muy urgente que hubiera un maquinista en todo momento. Las raíces empezaban ya a tiritar de frío al sentir la falta de rumbo, desorientadas. Después de todo lo que él había esperado, ahora, le exigían que él tuviera prisa por tomar los mandos. Pensó... en negarse, estaba enfadado, pero un bufido rabioso que escupió la maquinaria le hizo apartar el cuerpo nudoso del antiguo dirigente del bosque y sentarse en su lugar.



Si lo, mmm... pensaba, aquello era bueno. Ahora él controlaba el bosque. Le haría ir más deprisa para llegar a su destino. Seguro que, al final, podría llegar en el plazo previsto.

O, bueno, tampoco tenía la necesidad de ir... tan... deprisa.

En realidad ya le daba igual, porque a partir de ese momento y hasta el final de su vida, que era larga, muy, muy larga, se vería obligado a estar al mando del bosque en todo momento.

Así que, ¿por qué no relajarse?

Empezó a advertir la transformación. Se estaba volviendo un auténtico maquinista. Perdía el gusto por... la velocidad. Sí, eso, la velocidad. Se quedaba mirando todo... un buen rato, largo, hasta que dirigía su mirada hacia otro lugar. Sus movimientos se volvían... más lentos, y menos mecánicos, como las ramas, de un árbol, al estirarse... y... s u s... m a...